



Misa Crismal 2014

En esta Misa Crismal anticipamos la conmemoración anual del día en que Cristo confirió su sacerdocio a los apóstoles y, a través de ellos, a nosotros, el colegio presbiteral de la Diócesis de Salamanca, que hoy somos llamados a renovar ante el pueblo santo de Dios las promesas de nuestra ordenación.

La rica significación sacramental y eclesial de esta celebración nos ayuda a comprender nuestra llamada al ministerio sacerdotal en el marco de las llamadas de Dios en la historia de la salvación, que alcanzan su plenitud en Jesucristo, su Hijo querido. En Cristo nos eligió Dios Padre *“antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor... En él, por su sangre, tenemos la reconciliación, el perdón de los pecados... En él también vosotros, después de haber escuchado la palabra de la verdad,...habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido”* (Ef 1, 4.7.13).

La llamada del Padre a ser sus hijos es la mejor medida de su amor a nosotros (cf. 1 Jn 3,1). *“En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él* (1 Jn 4,9). *“Él nos amó primero”* (1 Jn 4, 19) *“y nos envió a su Hijo”* (1 Jn 4,10), *“siendo nosotros todavía pecadores”* (Ro 5,8). *“Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios”* (1 Jn 4,15), y tiene conocimiento de ello por el don de su Espíritu (cf. 1 Jn 4,13), que derrama en nuestros corazones el amor de Dios (cf. Ro 5,5). Con el don de su Espíritu, el Hijo de Dios nos da la capacidad de amar al Padre y a los hermanos como él los ha amado, nos hace partícipes de su misión, y nos constituye como *“un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para”* anunciar las proezas del que nos *“llamó de las tinieblas a su luz maravillosa”* (1 Pe 2,9). Los miembros de este pueblo sacerdotal cristiano están llamados a presentar sus *“cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es”* su *“culto espiritual”* (Ro 12, 1).

Compartiendo con todos los miembros del Pueblo de Dios la acción de gracias por la elección y la llamada a este sacerdocio de la vida, en la perfección de la santidad por el amor, los presbíteros acogemos hoy con gozosa gratitud nuestra elección y llamada al ministerio sacerdotal, fruto de un amor especial de Jesús.

Nos reconocemos herederos y continuadores de la misión que el apóstol Pablo asignó a los presbíteros de Éfeso, cuando les dijo: *“Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él adquirió con la sangre de su propio Hijo... Estad alerta... Os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construirsos y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados... Siempre os he enseñado que es trabajando como se debe socorrer a los necesitados, recordando las palabras*



del Señor Jesús, que dijo: 'Hay más alegría en dar que en recibir'". (Hch 20, 28.31.32.35).

Y recibimos agradecidos la exhortación que dirige a los presbíteros el apóstol Pedro, *"testigo de la pasión de Cristo": "pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelo del rebaño. Y, cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria"* (1 Pe 5, 1-4).

Los dos apóstoles describen nuestro ejercicio del ministerio sacerdotal como un pastoreo en referencia al supremo y buen Pastor, Jesús, que dio la vida por sus ovejas (cf. Jn 10, 1-18). El conocimiento del Padre hace a Jesús conocer a cada una de sus ovejas y llamarlas por su nombre. El amor al Padre le mueve a Jesús a amar a las ovejas que el Padre le ha confiado; a ellas les da su vida, que es la vida de Dios. Por esta entrega de su vida a las ovejas es amado por el Padre y glorificado por él. Y para atraer a todas las ovejas dispersas a su redil, donde puedan escuchar su voz de único pastor, envía con su poder a los apóstoles a hacer discípulos de todos los pueblos, hasta el fin de los tiempos (cf. Mt 28, 18-21).

El apóstol Pedro, al designar a los presbíteros como pastores, habría tenido muy vivo en el recuerdo el diálogo con Jesús resucitado junto al lago de Tiberíades: *"Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?... Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?... Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero... Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas"* (Jn 21, 15-17). Y Pablo nos dejó un claro testimonio del fundamento de su vida y ministerio apostólico en el amor de Cristo: *"Es Cristo quien vive en mí..., que me amó y se entregó a la muerte por mí"* (Gal 2, 20). Pablo está seguro de que nada *"podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo, nuestro Señor"*, porque *"el que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?"* (Ro 8, 39.32).

Como Pedro y Pablo, y como Juan, que se define a sí mismo como el discípulo *"al que Jesús amaba"* (Jn 13,23), **nosotros nos sentimos hoy gozosamente amados por Jesús**, porque nos ha dado parte en su ministerio de lavar los pies de los discípulos (cf. Jn 13, 14-15), y nos ha entregado su Espíritu para continuar su misión y perdonar los pecados (cf. Jn 20, 21-23); porque con su poder nos ha enviado a anunciar el Evangelio, a bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 18-21) y a celebrar la eucaristía en memoria de él (cf. Lc 22,19; 1 Cor 11, 23-26). Nos reconocemos, por ello, partícipes y colaboradores de la misión de aquellos primeros doce discípulos a los que Jesús quiso llamar e instituyó apóstoles *"para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar"* (Mc 3, 13-15). Y nos sentimos llamados a la misión en la pobreza de medios con que fueron enviados los primeros setenta y dos discípulos a anunciar la llegada del reino de Dios (cf. Lc 10, 1-9): sin bolsa, ni alforjas, ni sandalias; entre las luchas del mundo, como ovejas en medio de lobos. En efecto, el mundo odia a los discípulos de Jesús porque no son del mundo, y los persigue como ha perseguido al



maestro (Jn 15,18-20). Jesús nos lo anuncia, y nos asegura a la vez que él ha vencido al mundo (cf. Jn 16,33), para que encontremos la paz en él y tengamos valor. Salimos, pues, a la misión con la confianza puesta en el poder del Señor. Él nos envía como unos pocos obreros a trabajar en su abundante mies (cf. Lc 10, 1-9), y nos llena de gozo y de aliento con su declaración de amistad: *“Vosotros sois mis amigos... porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé”* (Jn 15, 14-16).

En este clima confidencial de amistad, de amor mutuo, vamos a decirle a Jesús, el Señor, que queremos unirnos cada día más a él y configurarnos con él, como sumo sacerdote, cabeza y buen pastor, maestro y siervo de todos, renunciando a nosotros mismos, para ser capaces de realizar el ministerio de amor que aceptamos gozosos el día de nuestra ordenación. Y, en concreto, que deseamos permanecer como fieles dispensadores de los misterios de Dios y desempeñar el ministerio de la predicación, buscando sólo conducir a todos los hombres a Cristo, única fuente de salvación.

En esta comunión íntima con Cristo queremos renovar cada día la alegría de colaborar con él en su obra de anuncio del evangelio. Necesitamos que él nos ayude a discernir los caminos por los que hemos de llevar la luz del Evangelio a todas las situaciones humanas. El que nos amó primero nos hace salir a los cruces de los caminos, al encuentro de los hijos de Dios dispersos. El buen pastor, que sale en busca de la oveja perdida y reúne el rebaño disperso, nos llama a una conversión misionera de nuestro corazón de pastor, para que la alegría del Evangelio llegue a todos, sin excluir a nadie.

Nuestra alegría misionera en el anuncio del Evangelio brota de la comunión de amor con Jesucristo. Por ello, “si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EvGa 49).

Hoy se nos plantea el desafío de **responder de forma adecuada a la sed de Dios de mucha gente**, a menudo manifestada de forma implícita o negativa, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro (cf. EvGa 89). A partir de una experiencia de vacío y de desierto espiritual es posible llegar a descubrir la alegría de creer, si se cuenta con la ayuda de personas de fe que, con su propia vida, muestren el camino y mantengan viva la esperanza.

Mostrar el camino de Jesús es nuestra tarea como predicadores y testigos del Evangelio. Para ello, los pastores necesitamos ser los primeros en tener una gran familiaridad con la Palabra de Dios y hacerla carne en nuestra vida concreta, dejándonos herir por la Palabra que luego herirá a los demás. **Necesitamos ser testigos del Evangelio con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios y refleja la**



audacia y el fuego del Espíritu Santo. Es decir, necesitamos intensa oración y abnegado trabajo de misión.

La mejor motivación para anunciar el Evangelio es contemplarlo con amor, leerlo en el corazón. Así, su belleza nos asombra y vuelve a cautivarnos una y otra vez. Toda la vida de Jesús es una respuesta a las necesidades más profundas de las personas: es luz de verdad; es agua viva que sacia la sed de Dios. Nada hay mejor para transmitir a los demás.

La misión es una pasión por Jesús y una pasión por su pueblo, por el que entregado la vida en la cruz. Nuestro modelo de testimonio misionero es el estilo de vida de Jesús, su existencia para los demás, que tuvo su culminación en la entrega en la cruz. Así experimentaremos el gozo de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios, tratando de encender el fuego del amor en el corazón del mundo. El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios; en cambio, quien no ama camina en tinieblas (1 Jn 2,11), permanece en la muerte (1 Jn 3,14), y no ha conocido a Dios (1 Jn 4,8). Cerrar los ojos ante el prójimo nos hace ciegos ante Dios. Escapar de los demás, esconderse en la propia comodidad y resistirse a dar es un lento suicidio. El misionero, en cambio, es feliz buscando el bien de los otros; reconoce que cada persona es digna de su entrega, porque es reflejo de la gloria de Dios y ha sido redimida al precio de la sangre de Cristo. Y así vive su misión como una forma de ser que pone en juego sin reservas toda su existencia, como algo que no puede arrancar de su ser sin destruirse.

El pastor auténtico identifica su persona con su misión; siente que es misión en medio del mundo y mantiene su ardor misionero con una confianza total en el Espíritu Santo. De esta manera no se desalienta ante los aparentes fracasos y la falta de frutos visibles. Sabe con certeza que quien se entrega a Dios por amor y muere como el grano de trigo en el surco, será fecundo (cf. Jn 12,24). Y acepta igualmente que la fecundidad es muchas veces invisible y no puede ser contabilizada; está seguro de que su vida dará fruto, pero sin pretender saber cómo, ni donde, ni cuándo. Asume que la entrega libre a la misión por amor al Señor y a su pueblo implica “dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente y nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!” (EvGa 280).

La misión es obra del Espíritu Santo y escapa a toda medida. “El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere. Nosotros nos entregamos, pero sin querer ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca.” (EvGa 279).



Carlos López Hernández